



Educar desde el cuidado: la escuela como espacio para transformar la violencia

Edgar Andrés Mahecha Cáceres

aemahecac@upn.edu.co

Laura Camila Pira Silva

lcpiras@upn.edu.co

*Estudiantes de Licenciatura en Deporte
Universidad Pedagógica Nacional (U.P.N)
Bogotá, Colombia*

Resumen

El artículo analiza cómo la violencia simbólica en la escuela es un fenómeno multicausal que atraviesa la vida educativa, afectando la convivencia, el aprendizaje y la dignidad humana. A partir del Diagrama de Ishikawa, se determinan cuatro manifestaciones interrelacionadas de violencia: física, psicológica, de género y exclusión, para compren-

der cómo sus causas afectan a la comunidad educativa desde sus diferentes dimensiones: personales, relacionales e institucionales. Desde un enfoque pedagógico-crítico, se propone fortalecer la educación emocional y relacional, impulsar la inclusión y fomentar la equidad de género como ejes de transformación. La escuela se presenta como un espacio para el desarrollo de la empatía, el respeto y la cooperación mediante las prácticas corporales, el juego y la sana convivencia escolar. Las conclusiones destacan la necesidad de una escuela sentipensante, donde educar implique cuidar y humanizar. Solo una educación ética, emocional e inclusiva

permitirá convertir la violencia en oportunidad de aprendizaje y la diferencia en principio de convivencia pacífica.

Palabras clave: Convivencia, educación emocional, inclusión, pedagogía crítica, violencia escolar.

Abstract

This article examines symbolic violence in school as a multi-cause phenomenon that cuts across everyday life and undermines coexistence, learning, and human dignity. Using an Ishikawa (fishbone) diagram, it identifies four interrelated forms—physical, psychological,



gender-based, and exclusion—and reads their causes at three levels: personal, relational, and institutional. From a pedagogical-critical perspective, it proposes three lines of action: strengthen emotional and relational education, advance inclusion, and promote gender equity. The school is presented as a key place to practice empathy, respect, and cooperation through body-based activities, play, and clear agreements for classroom life. The conclusions call for a feeling-thinking school, where educating means caring and humanizing. Only an ethical, emotional, and inclusive education can turn violence into an opportunity for learning and difference into the basis for peaceful coexistence.

Key Words: Coexistence, emotional education, inclusion, critical pedagogy, school violence

Introducción

El presente trabajo surge a partir del análisis sistemático de los diarios de campo realizados durante las prácticas pedagógicas del segundo semestre del año 2025 por los estudiantes de la Licenciatura en Deporte de la Universidad Pedagógica Nacional, desarrolladas en la I.E.D. Antonio Nariño.

A lo largo de los distintos escenarios de observación e intervención, los practicantes identificaron una problemática reiterativa en las aulas de clase: la violencia escolar.

Este fenómeno, lejos de ser un hecho aislado, responde a causas personales, relacionales, institucionales y culturales que convergen afectando la convivencia; como resultado, se ven comprometidos los procesos de aprendizaje. Para comprender su complejidad se elaboró un Diagrama de Ishikawa (o espina de pescado), herramienta que permitió representar visualmente las causas y subcausas que sostienen esta problemática. A partir del trabajo colaborativo junto con la revisión teórica, se identificaron cuatro manifestaciones predominantes: violencia física, violencia de género, exclusión y violencia psicológica, cada una con raíces y expresiones particulares en el contexto escolar.

Diagrama de Ishikawa - violencia escolar



Desarrollo

Desde la praxis pedagógica, este análisis se justifica en la necesidad de reconocer y problematizar las dinámicas de agresión y violencia que afectan el bienestar y el desarrollo integral de los estudiantes. El propósito no es solo describir los tipos de violencia presentes, sino profundizar en las conductas que los originan y plantear alternativas pedagógicas desde la educación física, el juego como mediador, la convivencia y la formación en valores.

En los niveles personal y relacional, autores como Bandura (1973) y Olweus (1998) señalan que las conductas violentas se aprenden y

se refuerzan socialmente a través de la imitación, la búsqueda de reconocimiento y la necesidad de pertenencia al grupo. Estas dinámicas se evidencian en los juegos, las competencias y las interacciones cotidianas entre pares, donde la agresión física, verbal o simbólica tiende a normalizarse como una forma habitual de relacionarse.

La violencia física y la psicológica se cruzan en dinámicas donde la agresión opera como medio para obtener poder, control o reconocimiento dentro del grupo. Tal como plantea Bandura (1973), estas conductas se aprenden por observación e imitación, especialmente cuando ge-

neran aprobación o estatus social. Olweus (1998) señala, además, que las burlas, el maltrato verbal y los golpes suelen retroalimentarse y consolidar relaciones de dominación entre pares. En este sentido, la violencia psicológica actúa como un trasfondo emocional que sostiene y normaliza expresiones más visibles de agresión, afectando la autoestima y las formas de convivencia en el espacio escolar (Delgado, 2012).

En este sentido, el Ministerio de Educación Pública de Costa Rica (2016) define la violencia psicológica como aquellas acciones dirigidas a dañar la integridad emocional de una persona, ya sea mediante la in-

timidación, la humillación, la exclusión o el acoso grupal. Este tipo de violencia compromete el bienestar emocional y social de quienes la padecen (Ministerio de Educación Pública de Costa Rica, 2016, p. 12).

En el nivel institucional y cultural, Bourdieu y Passeron (1977) plantean que la escuela funciona como un espacio donde se reproducen estructuras simbólicas de desigualdad mediante sus normas, discursos y formas de evaluación. Estas dinámicas legitiman jerarquías preexistentes y refuerzan la posición social de ciertos grupos. De manera complementaria, Segato (2003) sostiene que estas relaciones se sostienen en patrones culturales que naturalizan la dominación y la diferenciación entre sujetos. En este contexto, la institución escolar puede configurar un clima donde algunos estudiantes resultan marginados por su género, apariencia, desempeño o forma de ser.

La violencia de género y la exclusión aparecen como formas institucionalizadas de violencia simbólica, en las cuales la discriminación se naturaliza bajo normas que se presentan como neutras. En estos escenarios, las relaciones entre estudiantes quedan atravesadas por desigualdades previas que la cultura escolar puede reforzar, especialmente cuando no existen espacios para el diálogo, la mediación o la participación activa del estudiantado (Segato, 2003; Bourdieu & Passeron, 1977).

Desde la pedagogía crítica, Ortega (2010) sostiene que educar desde la alteridad implica reconocer al otro en su diferencia, acogerlo sin pretensión de control y resguardar su palabra como parte del vínculo educativo. Esta perspectiva invita a configurar la escuela como un espacio de cuidado y reconocimiento mutuo, en el cual la relación docente–estudiante se funda en el respeto y en la posibilidad del encuentro humano (Ortega, 2010, pp. 7, 10). De esta manera, cada causa se entiende como una espina dentro de un mismo problema estructural:

- Violencia física: traduce en el cuerpo formas de agresión aprendidas.
- Violencia psicológica: actúa desde la palabra y la emoción, afectando la autoestima.
- Violencia de género: institucionaliza desigualdades simbólicas entre identidades.
- Exclusión: aparece como el resultado visible de un sistema que no integra a todos en igualdad de condiciones.

Tal como señala Kerman (2020), la violencia escolar comprende agresiones físicas, morales o institucionales dirigidas contra la integridad de individuos o grupos dentro de la institución; se manifiesta en planos individuales, interpersonales e institucionales (pp. 5–17).

Comprender la violencia en el ámbito escolar implica reconocer su carácter múltiple e interconectado: físico, psicológico, de género y vinculado a la exclusión. Aunque cada forma presenta causas particulares, todas comparten un mismo trasfondo: la fractura del vínculo de reconocimiento y respeto entre las personas.

Formación emocional y relacional: “Estudiantes sentí-pensantes”

Abordar la violencia escolar requiere reconocer que su origen más profundo está en lo emocional y en la forma en que nos relacionamos. Muchas acciones agresivas surgen de la dificultad para identificar o expresar las emociones de manera adecuada. Por eso, la formación emocional debe ser una prioridad, pues la convivencia también se aprende. Gilsanz Benito (2021) señala que desarrollar la conciencia emocional favorece el respeto y el reconocimiento del otro. De igual manera, Herrera Navas, López Rodríguez y del Pino Calderón (2025) muestran que trabajar la educación emocional en el aula fortalece la inclusión y el apoyo entre compañeros. Así, la educación emocional se convierte en una herramienta clave para prevenir la violencia y mejorar las relaciones en la escuela.

Herrera Navas, López Rodríguez y del Pino Calderón (2025) señalan que las intervenciones más efectivas son aquellas que integran la educación emocional dentro del currículo y se sostienen mediante procesos de evaluación continua, participación escolar y acompañamiento colectivo. En este marco, la educación física se convierte en un espacio pedagógico donde es posible reconocer las emociones, canalizar la energía corporal y transformar la agresión en experiencias de cooperación y apoyo mutuo.

Ortega recuerda que el cuidado del otro es un acto ético y también político: educar para sentir, pensar y convivir resiste la deshumanización promovida por el individualismo (Ortega Valencia, 2018, p. 113). Desde esta mirada, el juego y la motricidad funcionan como estrategias pedagógicas que fortalecen empatía, respeto y cooperación. Entre las acciones concretas, se proponen talleres de educación emocional para trabajar autoestima, empatía y comunicación asertiva (Gilsanz Benito, 2021); círculos restaurativos y mediación escolar para que el estudiantado gestione conflictos y repare el daño (Ibarrola-García & Iriarte, 2014); y liderazgo positivo para activar el apoyo del grupo a la víctima, una de las medidas más eficaces contra el acoso (Lavall, 2013, p. 21).

Transformación institucional y cultural: escuela como espacio de inclusión

La segunda línea de solución se orienta a transformar las estructuras institucionales y culturales que sostienen la violencia escolar. En su obra clave, Bourdieu y Passeron (1977) sostienen que la escuela reproduce desigualdades simbólicas a través de normas, discursos y jerarquías que parecen neutrales (p. 141). Superar esa reproducción exige un cambio profundo: pasar de una escuela que selecciona y excluye a una que acoge y transforma.



Ainscow (2005) y Florian (2014) plantean que una institución educativa verdaderamente inclusiva se construye mediante prácticas colaborativas, currículos flexibles y evaluaciones participativas. Esto exige fortalecer el trabajo interdisciplinario, capacitar al profesorado para atender la diversidad y establecer redes activas entre la escuela, la familia y la comunidad. Ainscow (2005, p. 110) destaca que el cambio hacia la inclusión depende más de transformar las prácticas escolares que de incluir grupos vulnerables en estructuras existentes.

Por su parte, Florian (2014, p. 26) subraya que los currículos tradicionales rígidos y la falta de adaptabilidad constituyen barreras esenciales para lograr la plena participación de todos los estudiantes. En consecuencia, las estrategias fundamentales para esta transformación incluyen protocolos institucionales de prevención, atención y seguimiento que permitan actuar de forma oportuna frente a la violencia y garanticen un acompañamiento continuo (Herrera Navas et al., 2025). Campañas de sensibilización sobre equidad de género y respeto por la diferencia, integrando la coeducación en todas las áreas del conocimiento (Butler, 2004; Segato, 2013).

Currículos abiertos y adaptativos permiten que cada estudiante encuentre su propio camino para aprender, atendiendo a sus intereses, capacidades y contextos. La participación estudiantil en la construcción de normas y acuerdos de convivencia refuerza el sentido de pertenencia y la corresponsabilidad colectiva, consolidando así una comunidad que aprende a convivir mientras construye su propio marco ético.

Las respuestas frente a la violencia escolar no pueden reducirse a medidas disciplinarias; requieren un proceso de reconstrucción ética, emocional y cultural dentro de la escuela. La educación física, el juego, la corporeidad y la corporalidad se convierten en medios pedagógicos para reconstruir vínculos, reeducar las emociones y resignificar la convivencia. Cuando la escuela enseña a cuidar, a sentir y a pensar colectivamente, deja de ser un espacio de control para transformarse en un laboratorio de humanidad. Solo entonces será posible formar comunidades escolares sentipensantes, capaces de transformar la violencia en aprendizaje, el conflicto en diálogo y la diferencia en una oportunidad para crecer juntos.

Conclusiones

La violencia escolar es un fenómeno multidimensional que articula factores personales, relacionales e institucionales. El uso del Diagrama de Ishikawa permitió comprender esta complejidad y orientar estrategias de transformación pedagógica.

La educación emocional y relacional resulta esencial para formar estudiantes capaces de dialogar, gestionar sus emociones y resolver conflictos desde la empatía. A su vez, la transformación institucional y cultural exige revisar normas, prácticas y discursos con el fin de construir escuelas más inclusivas, democráticas y humanas.

Inspirados en Freire (1970) y Ortega (2010, 2018), este trabajo concibe la educación como un acto de cuidado y liberación. Desde esta perspectiva, la escuela, a través del juego, la corporeidad y el movimiento, puede resignificar el conflicto y reconstruir la convivencia. Una comunidad escolar sentipensante educa desde la palabra, el cuerpo y la emoción, convirtiendo la violencia en oportunidad para aprender, convivir y humanizar.

REFERENTES BIBLIOGRÁFICOS

Ainscow, M. (2005). Developing inclusive education systems: What are the levers for change? *Journal of Educational Change*, 6(2), 109–124. <https://doi.org/10.1007/s10833-005-1298-4>

Bandura, A. (1973). *Aggression: A social learning analysis*. Prentice-Hall.

Bourdieu, P., & Passeron, J.-C. (1977). *Reproduction in education, society and culture*. Sage Publications.

Delgado, M. (2012). *Violencia psicológica y acoso escolar*. Editorial Síntesis.

Florian, L. (2014). *The SAGE handbook of special education* (2nd ed.). SAGE Publications.

Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.

Gilsanz Benito, F. (2021). *Educación emocional para la convivencia escolar*. Narcea Ediciones.

Herrera Navas, M., López Rodríguez, E., & del Pino Calderón, C. (2025). Educación emocional e inclusión escolar: Modelos de intervención efectivos. *Revista Iberoamericana de Educación Inclusiva*, 18(1), 45–62.

Ibarrola-García, S., & Iriarte, C. (2014). *Mediación escolar y resolución de conflictos*. Graó.

Kerman, B. (2020). Conceptualizaciones en torno a la violencia escolar. *Revista Desvalimiento Psicosocial*, 4, 5–17.

Lavall, F. (2013). *Prevención del acoso escolar desde el liderazgo positivo*. Ediciones Pirámide.

Ministerio de Educación Pública de Costa Rica. (2016). *Protocolo de actuación en situaciones de violencia física, psicológica, sexual, acoso y hostigamiento sexual*. San José, Costa Rica: MEP.

Olweus, D. (1998). *Conductas de acoso y maltrato entre escolares*. Morata.

Ortega Valencia, P. (2010). *Pedagogía y alteridad: Una pedagogía del Nos-otros*. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*, 31, 1–15.

Ortega Valencia, P. (2018). Una cartografía sobre la escuela en Colombia desde la perspectiva de la pedagogía crítica. *Universidad Nacional de La Plata*.

Segato, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia*. Prometeo Libros.